

ducen platónicas armonías. Se congregó la Legislativa, pues, llena de jóvenes, que llevaban en sus sienes el misterio, y componían entre todos, en la suma indescifrable oscurísima de sus almas, una horrorosa esfinge. Y estos jóvenes debían preparar los hechos en que Danton aceró su temperamento y mostró su genio. Impacientísimos por mostrar su naturaleza de verdaderos héroes y su elocuencia de verdaderos tribunos fueron como aquellos jonios de la madre divina Grecia, quienes, amenazados de muerte por el despotismo asiático, lo provocaban á combatir, seguros de su victoria, para que salieran del horno de una guerra más fuertes y mejor templadas la libertad y la patria.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-CUARTO

Los Jacobinos

La revolución francesa creció tomando la estatura gigante que todos le vemos al reunirse la segunda de sus Asambleas, la célebre Legislativa, no al esfuerzo de sus generadores, á la resistencia de sus enemigos. La paz en el espíritu sonreía como perenne luz, cuando los Estados Generales por Mayo del ochenta y nueve se congregaran: pero le ocurrió al Rey humillarlos, y, á esta humillación, tronó desde nubes tempestuosas el trueno de aquella palabra inflamada é inflamable, necesario eco del verbo de cien generaciones aspirantes á la libertad, por tal manera, que los Estados Generales, idos á Versalles como cortesanos del Rey, se convirtieron en representantes del pueblo. Desde su regio mensaje despidiendo los diputados, ó poco menos, hasta su provocación á las convenciones y juramentos del Trinquete; desde tales juramentos hasta la reinstalación en París del resto de dinastía no fugitivo á extraño suelo; desde tal reinstalación hasta el día en que los segundos diputados de la Francia revolucionaria se reunieron formando el primer Congreso legislativo; todos los avances de la revolución y todos los retrocesos de la Monarquía provinieron del empecatado Monarca, quien, ya despide á los mismos representantes del pueblo, convocados por su autoridad, sin tener con qué sustituirlos; ya declara su poder el primero y casi único, entre todos los poderes, sin tener sobre qué apoyarlo; ya consiente manifestaciones como la orgía de sus guardias contra el derecho nuevo y el Congreso constituyente sin decidirse por una resolución de combate; ya huye á la frontera en demanda del auxilio extranjero y dispone tan mal esta

decisiva fuga que cae cuitado en un cautiverio, donde lo humillan por culpa de él sus propios súbditos, antes de abandonarlo á la ineludible fatalidad, cuyos terribles decretos provoca y merece. La revolución se divide por naturales divisiones en periodo anterior á la fuga de Varennes y periodo posterior á la fuga de Varennes. En los días anteriores á tamañas temeridades quedábale aún al Monarca, dentro de la misma legalidad, en aquella situación producida por sus faltas, recursos para defensa fuerte de sí mismo y eficaz ofensa á sus contrarios; mas derrochólos, sin guardar uno, al patentizarse la negra traición, para colmo de males apercebida sin destreza y frustrada con escándalo. Antes la corte malherida, pero sin emigrados; el Rey vejadísimo, pero sin que nadie pensara destrónarlo; el pueblo en armas, resuelto á sostener la Constitución en ejercicio; el ejército en indisciplina, sin que llegase á desacatar el trono: los clubs ardiendo á favor de fórmulas, todas dirigidas al pacto entre la nación y la corona; inmensa mayoría monárquica en el Congreso constituyente, ni un sólo republicano, fuera de algún tribuno sin oyentes y de algún pensador sin lectores; las muchedumbres, después de irritadas por las orgías carnavalescas de los guardias y por las repugnancias de los Reyes á París, aquietándose hasta convertir los vejámenes producidos por desacuerdos transitorios en manifestaciones de férvido entusiasmo y sincera devoción, más conscientes y mucho más deliberadas que las célebres manifestaciones en tiempo del absolutismo, por nacer de una confianza extensa y profunda, la confianza en que los derechos del Rey servían como de áncora y lastre á las libertades y á los derechos del pueblo. En todo se conoció el cambio de los espíritus y de los ánimos, en todo, por ese influjo de los grandes hechos en el espíritu público parecido al influjo de los crecientes y menguantes de luna en las oceánicas mareas. Antes de Varennes el Congreso no hubiera suspendido al Rey; ni el duque de Orleans osado presentar su nombre como reemplazante del Rey al pueblo, ni Lasclot y sus cómplices hecho la célebre petición del destronamiento; ni los realistas recurrido á las iniciadas abstenciones del Congreso; ni la emigración pensado en las regencias de los príncipes, declarando Rey sin autoridad por cautivo; ni el pueblo creído posible otra forma de gobierno; mas después de Varennes todo podía temerse de la realeza y todo esperarse de la democracia. Fueron terribles las alteraciones del espíritu público. Y como fueron terribles, reconocieronse antes en los clubs que en ninguna otra parte. Y entre los clubs, en el jacobino, dotado antes de mucha influencia, mas ejerciendo desde Varennes al fin de la revolución incontrastable poder. Un siglo, que vale por diez, ha transcurrido desde la revolución acá; un siglo de cambios profundísimos ideas fulgurantes y explosiones maravillosas; el nombre de jacobino aun queda en el substracto de toda política corriente, por la presión que sobre las inteligencias ejerciera la idea jacobina un tiempo. Apercebida esta idea por aquel ceñudo Calvino, dado á unir la interna libertad del espíritu religioso con una especie de militar disciplina inflexible, un Felipe II del protestantismo; formulada por la ciencia de Rousseau, cuyo inquieto espíritu,

aplicando todos los residuos de ideas desarrolladas desde fines del siglo décimo-quinto por la protesta y por los luteranos hasta fines del siglo décimo-octavo por la filosofía y por las dos revoluciones, británica y americana, opuso al absolutismo del Rey el absolutismo del pueblo, cernida desde la religión y desde la ciencia sobre la política en el entendimiento de Robespierre, ese Calvino de la revolución, ese ávido Rousseau en movimiento, sin sensibilidad y sin elocuencia, pero tan resuelto como su maestro y modelo por el absolutismo de las muchedumbres; condensada en la mente de Napoleón, Robespierre á caballo, uniendo el plebiscito al César, todavía hoy ejerce influjo soberano sobre nuestra generación, donde se ven á cada paso repúblicas y estadistas de primera magnitud con el mayor desprecio de las libertades y derechos humanos, pero con idolatría del pueblo, sobre cuyos hombros echan el manto y á cuyas sienes ajustan la corona de los Reyes antiguos, erigiendo dictaduras, así militares como parlamentarias, por creerlas capaces de realizar el bien común social y de impeler con su fuerza y con sus organismos el progreso. Una secta de tal género merece contemplación detenida en sus comienzos, porque habremos de hallarla mil veces entre las primeras obras de hombre moderno y entre las primeras características del siglo espirante.

El éther y el calor producen los mundos, porque la materia radiante y difusa va condensándose poco a poco en soles y en planetas. El espíritu y el pensamiento producen las sociedades y asociaciones que vemos, donde también se condensan uno con otro y también esclarecen y vivifican á numerosos seres, cual el éther y el calor de los soles nos esclarecen y vivifican á nosotros en los planetas. El espíritu en sí preservado á la presión del despotismo produce las asociaciones como produce las ideas. Una sociedad ó asociación es un cuerpo de la idea, un organismo viviente. La creencia religiosa pide una iglesia; la creencia científica una escuela; el ideal político, una organización semejante á la iglesia y á la escuela, un Estado. Dentro del Estado hay tendencias impelidas por ideas, y cada idea busca su partido, asociación ó sociedad donde muchos ó pocos se reúnen á definir, defender, propagar y realizar la idea. Como no hay medio de conjurarla y proscribirla, no hay tampoco medio de impedir su organización, es decir, la sociedad, ó las asociaciones, donde se organiza y encarna. Podéis creer aplastarla bajo los pies férreos de un César omnipotente; la idea buscará sus catacumbas, y en aquel surco profundísimo y obscuro depositará su gérmen. Así no conocéis teología sin herejes, ciencia sin sectas, sociedad sin partidos, al aire libre y la luz diurna, ó en la obscuridad y en el secreto. Durante todo el reinado de la Iglesia única, hubo muchas iglesias, ó cismáticas ó herejes; y por ende muchas asociaciones. En parte ninguna se conoció esto como en Francia, donde, por la continua comunicación de unos franceses con otros, nadie ha podido interrumpir, aislándolos como el absolutismo y la Inquisición aislaron á los españoles unos de otros, quizás á causa también de ser la naturaleza social aquella más comunicativa que la nuestra y

su lengua muy ligera y fácil. Este instinto de comunicación creció durante todo el siglo pasado y tuvo sus manifestaciones más patentes en los salones, reuniendo á recreos de los sentidos y regalos de la conversación, expansiones del alma en ideas y sentimientos. Así como por el siglo décimo-séptimo hubo sociedades medio religiosas y medio profanas, ejerciendo un grande influjo sobre los dominios del Rey-sol; aquellos jansenistas de Port-Royal, aquellos iluminados á lo Fenelón, aquellos en abierta guerra con el ultramontanismo, los galicanos, aquellos jesuitas poderosos y de influencia mágica; en el siglo décimo-octavo hubo salones para todo y para todos, desde los que difundían la electricidad de Mesmer por la red nerviosa de sus coasociados hasta los que difundían el sistema de Diderot ó Helvecio en las almas. Vino al seno del siglo pasado en sus trágicas postrimerías la Revolución; y unió con los salones científicos y artistas los partidos militantes y por los partidos militantes las asociaciones políticas. Nadie ha olvidado el salón que por este tiempo madame Staël presidía. Hija de Necker, esposa del ministro de Suecia en París, ligada por su cargo con la corte y por sus ideas con las Cortes; habiendo escrito en su niñez acerca de Montesquieu y en su madura edad acerca de Rousseau, profesaba por educación y por instinto á los Reyes absolutos el odio implacable de este último; pero no salía para sustituirlos de la política inglesa que el primero explicaba con ciencia grande á los franceses en sus luminosos libros. Así el salón de madame Staël era por los tiempos revolucionarios el salón de los constitucionales. No así el salón de Condorcet. Este ilustre continuador de Diderot y Helvecio predicaba la República, empleando en su predicación más ciencia, si menos seducción, que madame Staël y sentíase deseoso de aplicar sus fórmulas algebraicas á una sociedad complicada y sus análisis anatómicos á una sociedad viva. Y había tan pocas aficiones de la República en Francia, en aquella Francia, subvertida por el oleaje de tantas ideas, que, al venir la República, estaba solo Condorcet. Mas allí en su salón se batían las ideas republicanas al viento de los debates, como en el salón de madame Staël se batían las ideas constitucionales y también al debate y á la contradicción. Salones de pensadores, los salones de Staël y Condorcet; salón de artistas el salón de Talma. Genio inspirado, soberano poseedor del secreto de conmover las almas por la virtud del gesto propio y por la recitación del verso ajeno, reunía gentes al rededor de su persona, por el imperio que las almas que son soles ejercen sobre las almas que son planetas ó satélites. Allí, á título de artistas, iban desde David, quien pintaba el juramento de los diputados en cuadros inmortales, hasta Camilo, quien reproducía la elocuencia de Pericles mezclada con la risa de Luciano; Camilo, un griego de la edad clásica por su estilo, un griego de la decadencia helena por su carácter. Y el genio misterioso de Talma con el genio pictórico de David, con el genio literario de Camilo, formaban una sección simbolizada por ideas y afectos estéticos del espíritu, cual esas secciones del espacio simbolizadas por los signos del Zodiaco. Y á los salones constitucionales como el de Staël, á los salones republicanos como el de Condorcet, á los

salones artistas como el de Talma, uníanse salones de reacción política y salones de intrigas más ó menos hábiles, como el de madame Lamballe en las Tullerías; y salones de ciencia, como el salón de Portal, donde iba Lalande, explorador de la vida en sus motes celestiales y Lavoissier, explorador de la vida en sus átomos y en su química invisibles; y hasta salones de juegos como el célebre de la San Amaranito, á su modo revolucionaria, pues con el pretexto de lucir entre bujías su hermosura un poco artificialmente conservada, y el ingenio de su joven hija Emilia, entonces en flor, tendía sobre innumerables mesitas sus tapetes verdes, sin miedo á los policiacos que hacían la vista gorda, pretendiendo la cuitada cooperar también á la igualdad de clases en su causa, donde los nobles y los plebeyos, al cambiar sus cartas, cambiaban con éstas sus ideas. Dado tal instinto de manifiesta comunicación entre los parisienses ¿cómo no habían de surgir los clubs?

Esta palabra club pasó á todas las lenguas desde la lengua inglesa, como la palabra meeting, como tantas otras palabras, significativas de trabajos y esfuerzos y factores y elementos políticos. Tendrían que ver los resultados de un estudio hecho sobre las apropiaciones de algunas palabras, políticas ó de otro género, por casi todos los pueblos. Se descubriría en tal estudio mucho contingente hispano. Los españoles hemos ingerido en todos los idiomas la palabra liberal y la palabra progresista y la palabra intransigente, derivadas de la madre latina, perdurable por necesidad en el nuestro lexicon, cuya riqueza en esta materia es tal, que todos los escritores usan por Europa y América, sin alteración alguna, como expresiva de ciertos fenómenos revolucionarios, la palabra pronunciamiento. Así como los masones se congregaron antes en Inglaterra que en Francia, los clubs también se congregaron en Francia después que en Inglaterra. Llamábanse, por allí, como por aquí círculos cuando tenían reuniones permanentes, su casa propia, sus juntas directivas, sus salones de estudio, su recreo, de juntas. Esta palabra círculo, tiene un origen tan raro como la palabra candidato, un origen latino. Se vestían los aspirantes á cargos públicos en Roma, de blanco, para mejor atraer sobre sí la popular atención en los intercolumnios del Foro, donde se reunían las asambleas ó los comicios del pueblo, y calificados por sus cándidas vestimentas de cándidos han venido en el desarrollo de las lenguas á llamarse candidatos. Pues poco más ó menos análogo el origen de los círculos. Había en las encrucijadas de Roma unos bancos circulares, donde se asentaban al aire libre los ciudadanos, unos junto á otros, dándose á veces, por la forma del banco, espalda con espalda, para departir entre sí á sus anchas, acerca de todo, y especialmente acerca de política. Pues, porque se llamaban círculos aquellos sitios, en que conversaban los antiguos, se llaman círculos también estos sitios en que hoy conversamos los modernos. Un círculo dispuesto en una callejuela de Versalles para la conversación de los diputados bretones idos al Congreso Constituyente, fué la raíz del club jacobino. ¡Modestos comienzos! ¿Quién diría que de germen oscurísimo, como el recatado club bretón, brotara un árbol, cuyas